

NUMANCIA

POR

MIGUEL DE CERVANTES

(VERSIÓN ACTUALIZADA DE
RAFAEL ALBERTI)



En la colección PEQUEÑA BIBLIOTECA TEATRAL aparecerán, atendiendo tan sólo a su importancia artística o a su significado de renovación técnica de la escena, cuantas obras han llegado a alcanzar, en el curso de la historia o modernamente, calidad digna de divulgarse. EDITORIAL SIGNO proporcionará al público de habla española, en volúmenes de unas 150 páginas, versiones autorizadas y cuidadosamente impresas, de correcta presentación, y en ellas la esencia del teatro antiguo y moderno, nacional y extranjero. Obras en las que exista, además de su valor literario, un contenido marcadamente popular, de cariño y defensa para con los trabajadores, para con el pueblo que todo lo merece.

BIBLIOTEC

DEP
89275C



BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
"CARDENAL CISNEROS"
ALCALÁ DE HENARES

23 JUL. 2018

número de registro: 54154



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



NUMANCIA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA
PEQUEÑA BIBLIOTECA TEATRAL

MIGUEL DE CERVANTES

NUMANCIA

TRAGEDIA EN TRES JORNADAS

ADAPTACION Y VERSION ACTUALIZADA DE
RAFAEL ALBERTI

S

IGNO
MADRID
1937

Red. H. 1937-20

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



DERECHOS RESERVADOS

COPYRIGHT BY EDITORIAL SIGNO, 1937

PRINTED IN SPAIN

Cardenal Cisneros

La presente edición de «La Numancia», de Cervantes, no es la fiel, erudita, del investigador metódico y, por otra parte, respetable. Es simplemente, como ya indico en la cubierta, una «adaptación y versión actualizada», con miras a representarse en un teatro de Madrid—¡en un teatro de Madrid!, ¿comprendéis?—, a poco más de dos mil metros de los cañones facciosos y bajo la continua amenaza de los aviones italianos y alemanes. Siento un sincero temblor al escribir e insertar estas líneas al frente de una obra que ha de ser llevada a nuestra escena en circunstancias tan terribles y extraordinarias. Los soldados de nuestro Ejército Popular, los heroicos ciudadanos y defensores de Madrid que la presencién, sabrán apreciar, estoy seguro, lo que esta representación significa, lo que tiene de trascendente e histórica. Aunque la gravísima situación militar de aquella diminuta ciudad celtíbera, su larga y tenaz lucha con las huestes romanas durante más de una decena de años, el heroísmo y glorioso final de todos sus habitantes disten mucho de podernos ofrecer un exacto paralelo con nuestra capital republicana, en el ejemplo de resistencia, moral y espíritu de los madrileños de hoy domina la misma grandeza y orgullo de alma numantinos. Alguien me afirma—no he tenido tiempo de comprobarlo—que esta hermosa tragedia de Cervantes fué representada en Zaragoza durante los días de su cerco por las tropas de Napoleón. Pero de

lo que ya estoy seguro—porque Mesonero Romanos lo cuenta—es que cuando por los años 1815 y 1816 el gran actor liberal Isidoro Máiquez, amigo y modelo de Goya para uno de sus más espléndidos retratos, encarnaba una de las nobles figuras de Numancia en uno de los teatros de Madrid, «se reforzaba el piquete de guardia del edificio, doblaba el alcalde, presidente, la ronda de alguaciles; y cuando el público, electrizado, se levantaba en masa a aplaudir y vitorear al actor en el instante que recitaba aquellos pasajes alusivos a la libertad, los soldados de la guardia tomaban las armas, y el alcalde presidente destacaba sus alguaciles a decir al actor que mitigase su ardimiento o que suprimiese aquellos versos, a lo que él se negaba con altivez». Esta prestigiosa biografía revolucionaria de la tragedia cervantina nos la hace más atractiva y merecedora del propósito que nos guía al editarla y reponerla en una escena madrileña, adaptada a las circunstancias actuales. Por eso en la presente versión mía he dejado tan sólo la parte militar, realista, heroica de la tragedia. Todas aquellas escenas del sacrificio público y las apariciones del demonio y el cuerpo amortajado—muy teatral esta última, sobre todo—que a mi entender borran o diluyen los perfiles escuetos, severos, del suceso glorioso, las he suprimido. Así la obra, de cuatro jornadas que tiene, ha quedado reducida a tres. «Numancia»—le suprimo el determinado «la»—es monótona en su realización técnica. Sus columnas de octavas reales son, a veces, interminables, torpes en muchos versos, feos de forma y expresión. Esos cambios rítmicos, magistrales en Lope de Vega más que en ningún otro autor

del XVII, se echan de menos en Cervantes, que no sabe, de pronto, conseguir para sus personajes esa ligereza y amenidad que tan gran descanso producen en el auditor y tanto benefician la obra. Estos escollos graves creo que casi están salvados en la versión presente. En algunos casos, con el fin de que la comprensión del público sea más rápida, he modernizado la sintaxis y sustituido ciertas palabras hoy ya arcaicas; como también para sugerir al espectador la semejanza histórica de aquel momento con el actual, en los versos donde se dice «romanos», escribo, con frecuencia, «italianos».

La primera escena entre Macus y Buco, los personajes cómicos del teatro popular latino, burlándose de la corrompida soldadesca romana, es mía. La profecía que hablando con España prolonga el Río Duero, por gracia y capricho de Cervantes, hasta el reinado de Felipe II, yo la aligero de este último pasaje, y la continúo hasta la nueva invasión de nuestro país por los fascistas de Mussolini y su primera derrota en los campos de Guadalupe.

Sí; adaptación y versión actualizada, de circunstancias; pero como las actuales son las más grandes y difíciles por que atraviesa la historia de España, creo que Cervantes, poeta y militar, se hubiera sentido orgulloso de asistir a la representación de su tragedia en el viejo teatro de la Zarzuela, de Madrid, a poca distancia de las trincheras enemigas.

RAFAEL ALBERTI

Madrid, 7 de noviembre de 1937.

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA
NUMANCIA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros



FIGURÍN PARA LA TRAGEDIA

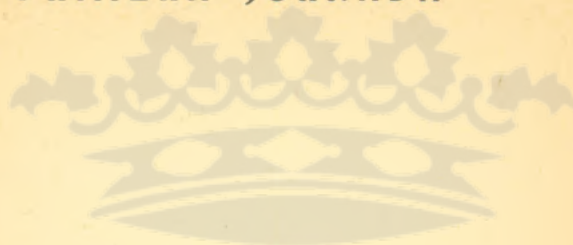
BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA

PRIMERA JORNADA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



PERSONAJES DE LA PRIMERA JORNADA

MACUS.

BUCO.

CIPIÓN.

JUGURTA.

FABIO.

EMBAJADOR 1.

EMBAJADOR 2.

ESPAÑA.

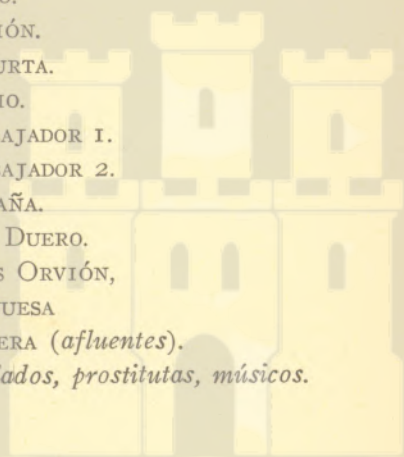
RÍO DUERO.

RÍOS ORVIÓN,

MINUESA

Y TERA (*afluentes*).

Soldados, prostitutas, músicos.



NUMANCIA 2

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

DECORACION: *En primer término, campamento romano. A uno de los lados, asomando, la tienda de Cipión. Al fondo, torres y murallas de Numancia. Sobre una explanada de piedra aparece, disfrazado de mujer embarazada, MACUS, el viejo personaje cómico del teatro popular latino, acompañado de su amigo BUCO. Se ven esparcidos por el campamento soldados borrachos, prostitutas, músicos, gentes que denotan una vida perezosa, libertina, olvidada de la guerra.*

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BUCO

(A MACUS, después de imponer silencio con un tamborcillo.)

¿Qué te pasa, mujer, en la barriga?

MACUS

(Sujetándose con las manos y haciendo muecas de dolor.)

¡Ay ¡Ay! ¡Ay!

BUCO

¿Me dices lo que tienes?

MACUS

¡Ay, mejor, ay, será que no lo diga!

BUCO

¿Penas?

MACUS

¡Ay! ¡Ay!

BUCO

¿Por culpa de qué penes?

(Risas entre los soldados.)

MACUS

(Revolcándose en el suelo.)

Voy a morir...

BUCO

¿De parto? No hay partera
de más fama que Buco en toda Roma.

MACUS

¡Ay, que muerdo!

BUCO

Trae síntomas de fiera
lo que vas a parir, no de paloma.

MACUS

¡Ayúdame!

BUCO

Aquí tengo la tijera.

(Saca unas, grandísimas.)

MACUS

Vas a matarme...

BUCO

¡No! De abajo arriba,
primero cortaré. De arriba abajo,
luego, y después...

MACUS

Parecerá una criba
mi vientre cuando acabes tu trabajo.

BUCO

¡Silencio! ¡Y atención!

(Empuñando la tijera, agarra a MACUS por el cuello, poniéndole una rodilla sobre el vientre.)

Pronto la tierra
se asombrará del monstruo sin segundo
que el alto monte que aquí veis encierra.
Veinte veces dará la vuelta al mundo.
Empiezo...

(Empieza a cortar.)

MACUS

¡Infame!

BUCO

Continúo...

MACUS

Mira

que es un asesinato inmerecido...

¡Ay! ¡Ay!

(Suena una explosión.)

BUCO

¿Qué es esto?

(Mostrando en alto un desinflado vientre de vejiga.)

¡Un vientre de mentira!

MACUS

(Dando un brinco, quitándose la máscara y el traje de mujer, quedándose en el de soldado.)

¡El parto concluyó de un estallido!

BUCO

(Fingiendo asombro.)

¡Macus!

¡Buco!

MACUS

BUCO

(Sacando una escoba para pegarle.)

¡Vestido de soldado!

¡Canalla! ¡Sinvergüenza!

MACUS

(Triste.)

Ya mi vida
de honesta embarazada ha terminado.

BUCO

La escoba bien la tienes merecida.

(Finge darle una gran paliza, entre las risas y burlas de los soldados. Luego, cogiéndose de los talles y alzando cada uno una gran copa de vino, bailan y cantan.)

MACUS

Quien no quiera guerrear,
que se vista de mujer
y busque al anochecer
una aguja que enhebrar.
¿Quién me la quiere enhebrar?

MACUS y BUCO

Mi lanza no quiere herir,
tampoco quiere matar,
quiere tan sólo servir
para coser y cantar.
¿Quién me la quiere enhebrar?

*(Bailan, desapareciendo al
son de las músicas y carcaja-
das. CIPIÓN y JUGURTA salen
de su tienda.)*

CIPIÓN

*(De negro, mussoliniano, lle-
vando en el casco una calave-
ra, el haz de flechas y el ha-
cha dibujados en el pecho.)*

Esta difícil y pesada carga,
que el senado romano me ha encargado,
tanto me angustia el corazón y amarga,
que la paciencia pierde mi cuidado:
guerra de curso tan extraño y larga,
que tantos italianos ha costado,
¡quién no estará suspenso al acabarla,
o quién no temerá de renovarla!

JUGURTA

¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura
y el valor nunca visto, que en ti encierras,
pues con ella y con él está segura
la victoria y el triunfo de estas guerras.

CIPIÓN

El esfuerzo regido con cordura
allana al suelo las más altas sierras,
y la fuerza feroz de loca mano,
áspero vuelve lo que está más llano.
Mas no hay que reprimir, a lo que veo,
la furia del ejército presente,
que, olvidado de gloria y de trofeo,
yace embebido en la lascivia ardiente.
Esto sólo pretendo, esto deseo:
volver a la cordura a nuestra gente;
que enmendado primero el que es amigo,
sujetaré más pronto al enemigo.
¿Fabio?

FABIO

(Saliendo de la tienda.)

¿Mi hermano?

CIPIÓN

Haz que al instante venga
nuestro dejado ejército, en un punto,
y sin que estorbo alguno le detenga,

en este sitio forme todo junto,
porque una breve cuanto dura arenga
les quiero hacer.

FABIO

Hermano, lo haré al punto.

CIPIÓN

Camina, porque es bien que sepan todos
mis nuevas trazas y sus viejos modos.

(Sale FABIO.)

JUGURTA

Sé decirte, señor, que no hay soldado
que no te tema juntamente y ame;
y porque ese valor tuyo extremado
de sur a norte a ríos se derrame,
cada cual con feroz ánimo osado,
cuando la trompa a la ocasión le llame,
piensa de hacer en tu servicio cosas
que pasen las hazañas fabulosas.

CIPIÓN

Primero es menester que se refrene
el vicio que entre todos se derrama;
porque si no se quita en nada tiene
que hacer con ellos la animosa fama;
si este daño común no se previene,
y deja de arraigar su ardiente llama,

el vicio sólo puede hacernos guerra
más que los enemigos de esta tierra.

(Dentro, suena el tambor, y aparece con FABIO un SOLDADO que pregona el bando siguiente.)

SOLDADO

Manda nuestro General
que se reúnan, armados,
luego todos los soldados
en el campo principal.
Sabed que ninguno puede
faltar a esta gran revista,
bajo pena que en la lista
al punto borrado quede.

(Vuelve a sonar el tambor. Los soldados, bajo las órdenes de FABIO, empiezan a formar.)

JUGURTA

No dudo yo, señor, sino que importa
regir con duro freno la milicia,
y que se dé al soldado rienda corta
cuando él se precipita en la injusticia:
la fuerza del ejército se acorta
cuando no le acompaña la justicia.
Aunque más le acompañen a montones
mil pintadas banderas y escuadrones.

CIPIÓN

*(Subido a una de las piedras
de la escena.)*

En el fiero ademán, en los lozanos
marciales aderezos y vistosos,
bien os conozco, amigos, por romanos:
romanos, digo, fuertes y animosos;
mas en las blancas delicadas manos
y en las tecs de rostros tan lustrosos
entre mujeres parecéis criados,
y de padres eunucos engendrados.
Vergüenza os dé, varones esforzados,
ver que a nuestro pesar, con arrogancia
tan pocos españoles y encerrados
defiendan este nido de Numancia.
Dieciséis años son, y más, pasados,
que mantienen la guerra, y la jactancia
de haber vencido con feroces manos
millares y millares de italianos.
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos
del bajo antojo feminil liviano,
con el amor y el vino entretenidos,
sin que a las armas extendáis la mano.
Vergüenza os dé, si no estáis corrompidos,
de ver que este pequeño pueblo hispano
contra el poder romano se defienda,
y cuando más rendido, más ofenda.
No me huela el soldado a otros olores
que al olor de la pez y de resina;

que el que busca en la guerra estos primores,
muy mal podrá sufrir la coracina.

Para beber no quede más de un vaso,
y salgan las infames meretrices,
que de ser reducidos a este paso
ellas solas han sido las raíces.

No quiero otro primor ni otra fragancia
mientras un español viva en Numancia.

FABIO

Si con atentos ojos has mirado,
íncrito general, en los semblantes
que a tus breves razones han mostrado
los que tienes ahora circunstantes,
verás que de vergüenza se han turbado.
Vergüenza de mirarse reducidos
a términos tan bajos por su culpa,
que viéndose por ti ser reprendidos,
no saben a su falta dar disculpa.
Mas hoy prometen dar a tu servicio
la hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite, pues, de sus intentos sanos
el justo ofrecimiento, señor mío,
y considera al fin que son romanos,
en quien nunca faltó jamás el brío.
Vosotros, levantad las diestras manos
en señas que aprobáis el voto mío.

*(Los soldados saludan a la
romana, extendiendo el brazo.)*

VARIOS SOLDADOS

Todo lo que aquí has dicho confirmamos,
y lo juramos todos.

TODOS

Sí, juramos.

CIPIÓN

Pues a la luz de tal ofrecimiento
crecerá desde hoy más mi confianza,
creciendo en vuestros pechos ardimiento,
y del viejo vivir nueva mudanza.
Vuestras promesas no se lleve el viento.
Hacedlas verdaderas con la lanza;
que las mías saldrán tan verdaderas,
cuanto fuere el valor de vuestras veras.

(Entra un SOLDADO.)

SOLDADO

Dos numantinos de seguro vienen
a darte, Cipión, una embajada.

CIPIÓN

¿Por qué no llegan? ¿Quiénes los detienen?

SOLDADO

Esperan que licencia les sea dada.

CIPIÓN

Si son embajadores, ya la tienen.

SOLDADO

Embajadores son.

CIPIÓN

Dales entrada;

que aunque descubra cierto o falso pecho
el enemigo, siempre es de provecho.

*(Entran los EMBAJADORES I
y 2, numantinos.)*

EMBAJADOR I

Señor, si nos concedes la licencia
de decir la embajada que traemos,
donde estamos, o sólo en tu presencia,
todo a lo que venimos te diremos.

CIPIÓN

Decid; que adonde quiera doy audiencia.

EMBAJADOR I

Pues con ese seguro concedido,
daré principio a lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
como su embajador a ti me envía
sabiéndote el mejor Cipión romano
que ha cubierto la noche, visto el día,
a pedirte, señor, tiendas la mano
en señal de que cese la porfía
tan trabada y cruel de tantos años,
que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que en todo el tiempo que ha durado
entre ambas partes la contienda, es cierto

que ningún general hemos hallado
con quien poder tratar de algún concierto.
Empero ahora, que ha querido el hado
conducir nuestra nave a mejor puerto,
las velas de la guerra recogemos
y a concertar las paces nos ponemos.
Nunca imagines que temor nos lleva
a pedirte las paces con instancia;
pues la larga experiencia ha dado prueba
del poder valeroso de Numancia.
Tu rectitud, señor, es quien nos ceba,
y nos declara que será ganancia
mayor de cuantas desear podremos
si al final por amigo te tenemos.
Para esto ha sido la venida nuestra.
Respóndenos, señor, lo que te place.

CIPIÓN

Tarde de arrepentiros dais la muestra;
poco vuestra amistad me satisface.
De nuevo ejercitad la fuerte diestra,
que quiero ver lo que la mía hace,
ya que ha colgado en ella la ventura
la gloria mía, y vuestra desventura.
A desvergüenza de tan largos años
es poca recompensa pedir paces.
Seguid la guerra, renovad los daños;
salgan de nuevo las valientes haces.

EMBAJADOR 2

La falsa confianza mil engaños

consigo trae. Advierte lo que haces,
señor, que esa arrogancia que nos muestras
renovará el valor en nuestras diestras.
Y pues niegas la paz, que con buen celo
te ha sido por nosotros demandada,
de hoy más la causa nuestra con el cielo
quedará por mejor calificada;
y antes que pises de Numancia el suelo,
sabrás donde se extiende la indignada
furia de aquel que, siéndote enemigo,
quiere tenerte sólo por amigo.

CIPIÓN

¿Tenéis más que decir?

EMBAJADOR I

No: mas tenemos
que hacer, pues tú, señor, así lo quieres,
sin querer la amistad que te ofrecemos,
correspondiendo mal a ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podemos,
cuando nos muestres tú lo que pudieres;
que es una cosa razonar las paces
y otra romper por las armadas haces.

CIPIÓN

Verdad dices; y así, para mostraros
si sé tratar en paz y obrar en guerra,
no quiero por amigos aceptaros,
ni lo seré jamás de vuestra tierra;
y con esto, podéis luego tornaros.

EMBAJADOR 2

¿En esto tu querer, señor, se encierra?

CIPIÓN

Os he dicho que sí.

EMBAJADOR 2

Pues ¡pronto, al hecho;
que guerras ama el numantino pecho!

(Salen los EMBAJADORES.)

CIPIÓN

No quiero ya que sangre de romanos
colore más el suelo de esta tierra.
Basta la que han vertido estos hispanos
en tan larga, reñida y cruda guerra.
Se ejerciten ahora vuestras manos
en romper y cavar la dura tierra.
Pienso a los de Numancia rodearlos
con un foso y por hambre sujetarlos.
No quede de este oficio reservado
ninguno que le tenga preminente.
Trabaje el capitán como el soldado,
y no se muestre en esto diferente.
Yo mismo tomaré el hierro pesado,
y romperé la tierra fácilmente.
Haced todos cual yo, y veréis que hago
tal obra con que a todos satisfago.

FABIO

Valeroso señor y hermano mío,
 bien nos muestras en esto tu cordura,
 pues fuera conocido desvarío
 y temeraria muestra de locura
 pelear contra el loco airado brío
 de estos desesperados sin ventura.
 Mejor será encerrarlos, como dices,
 y quitarles al brío las raíces.
 Bien puede la ciudad toda cercarse,
 si no es la parte donde el río la baña.

CIPIÓN

Vamos, y venga luego a efectuarse
 esta mi nueva nunca vista hazaña,
 y si en vuestro favor quiere mostrarse
 el cielo, quedará sujeta España
 al senado romano, solamente
 con vencer la soberbia de esta gente.

(CIPIÓN, FABIO y los soldados presentes, en silencio, ayudados por palas y piquetas, comienzan, rítmicamente, a cavar un foso a lo largo de las murallas numantinas. Así, hasta el final de la jornada, mientras hablan ESPAÑA y RÍO DUE-RO. Empieza a oscurecer.)

ESPAÑA

(Apareciendo en las torres del fondo.)

Alto, sereno y espacioso cielo,

que con tus influencias enriqueces
la parte que es mayor de este mi suelo,
y sobre muchos otros le engrandesces:
muévate a compasión mi amargo duelo,
y pues al afligido favoreces,
favoréceme en ansia tan tamaña,
que soy la sola y oprimida España.
¿Será posible que de antiguo sea
esclava de naciones extranjeras,
y que un mínimo tiempo yo no vea
de libertad, tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
en mí el rigor de tantas penas fieras,
pues mis famosos hijos y valientes
andan entre sí mismos diferentes.
Jamás en su provecho se arreglaron
los divididos ánimos briosos,
antes entonces más los apartaron
cuando se vieron más menesterosos;
y así con sus discordias convidaron
a romanos de pechos codiciosos
a venir y entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellos mil bajezas.
Mas estos muchos tímidos romanos,
que buscan conquistar nuestros caminos,
esquivan de venir más a las manos
con los pocos valientes numantinos.
¡Oh, si saliesen sus intentos vanos,
y esta pequeña tierra de Numancia
sacase de su pérdida ganancia!



Mas ¡no!, que el enemigo la ha cercado
no sólo con las armas contrapuestas
al flaco muro suyo, mas ha obrado
con diligencia extraña y manos prestas,
que un foso por la margen trincheado
rodea la ciudad por llano y cuestas.

Sólo la parte donde el río se extiende,
de este ardid nunca visto se defiende.

Mas pues sola la parte donde corre
y toca a la ciudad el ancho Duero,
es aquella que ayuda y que socorre
en algo al numantino prisionero,
antes que alguna máquina o gran torre
en sus aguas levanten, rogar quiero
al caudaloso conocido río,
en lo que puede ayude al pueblo mío.

(Dirigiéndose al río, invisible.)

Duero gentil, que con torcidas vueltas
humedeces gran parte de mi seno,
así en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro, cual el Tajo ameno,
quiero que pidas a tus aguas claras
que en prestarme favor no sean avaras,
y que des a mis ásperos lamentos
atento oído, o que a escucharlos vengas,
y aunque dejes un rato tus contentos,
suplícote que en nada te detengas.

Si tú, con tus continuos crecimientos,
de estos fieros romanos no me vengas,

cerrado veo ya cualquier camino
a la salud del pueblo numantino.

(De la tierra, asoma el pecho el Río DUERO con otros tres muchachos, todos vestidos de verde y enramadas de álamo las frentes.)

RÍO DUERO

Madre y querida España, rato había
que hirieron mis oídos tus querellas,
y si en subir a ti me detenía
fué por no poder dar remedio a ellas.
El fatal, desdichado y triste día,
según el disponer de las estrellas,
se acerca de Numancia, y cierto temo
que no hay remedio a su dolor extremo.

ORVIÓN

Soy Orvión.

MINUESA

Minuesa soy.

TERA

Yo, Tera.

RÍO DUERO

Con sus aguas las mías se acrecientan,
y he llenado mi seno en tal manera,

que los usados márgenes revientan.
Madre, los tres me brindan sus corrientes.

LOS TRES

Tú mandas en tus hijos y afluentes.

RÍO DUERO

Y puesto que el feroz romano tiende
el paso ahora por tu fértil suelo,
y que te oprime aquí, y allí te ofende
con arrogante y ambicioso celo,
tiempo vendrá, según que así lo entiende
el saber que a los dioses les dió el cielo,
que esos mismos romanos sean vencidos
por los que ahora tienen abatidos.
Adivino, querida España, el día
en que, pasados muchos siglos, lleguen,
cómplices del terror y la agonía,
los cuatro generales que te entreguen
a otro romano de ambición sombría,
haciendo que tus hijos se subleven.
A tus obreros, madre, y campesinos
de soldados verás por los caminos.
Verás también los jefes populares
surgir de tus rincones más humanos
y al Jarama verás y al Manzanares
convertir montes los que fueron llanos,
y sus mínimas aguas ejemplares
ser tumbas de millares de italianos.

Pero su sepultura más preclara
se la reservará Guadalajara.
¡Qué rabia y qué temor, España amada,
te tendrán los fascismos invasores
cuando vean brillar tu aguda espada
entre los estandartes vencedores.
Te sirva de consuelo en la pesada
ocasión por quien tantos sinsabores
sufres, el contemplar aquí presentes
tus nuevos herederos más valientes.

ESPAÑA

Tus razones alivio han dado en parte,
famoso Duero, a las desgracias mías,
sólo porque imagino que no hay arte
de engaño alguno en estas profecías.

RÍO DUERO

Bien puedo, madre España, asegurarte
que llegarán esos dichosos días.
Y adiós, que al alba mi trabajo espera.

ESPAÑA

Adiós, Duero, Orvión, Minuesa y Tera.

*(ESPAÑA y los cuatro ríos
desaparecen, mientras empieza
a clarear.)*

(Telón.)

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA

SEGUNDA JORNADA



Cardenal Cisnero

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

PERSONAJES DE LA SEGUNDA JORNADA

CIPIÓN.

FABIO.

JUGURTA.

TEOGENES.

CORABINO.

MORANDRO.

LIRA.

LEONCIO.

MUJER 1.

MUJER 2.

MUJER 3.

NUMANTINO 1.

NUMANTINO 2.

NUMANTINO 3.

MADRE.

HIJO.

Ciudadanos de Numancia.

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

DECORACION: *Al levantarse el telón han desaparecido, con CIPIÓN y sus capitanes, los soldados romanos del campamento, a excepción de unos centinelas que vigilan el foso. Las murallas de Numancia se descorren. CORABINO y TEÓGENES, con otros tres numantinos, Gobernadores de Numancia, se sientan a consejo.*



BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

TEÓGENES

Me parece, varones esforzados,
que en nuestros daños con rigor influyen
los tristes signos y contrarios hados,
pues nuestra astucia y fuerza disminuyen.
Los romanos nos tienen encerrados
y con cobardes mañas nos destruyen.
Ni con matar muriendo no hay venganza,
y ni sin tener alas esperanza.
Mirad si imagináis algún remedio
para salir de tanta desventura,
porque este largo y trabajoso asedio
sólo promete pronta sepultura:
el ancho foso nos estorba el medio
de probar con las armas la ventura,
aunque a veces valientes, fuertes brazos,
rompen mil contrapuestos embarazos.

CORABINO

¡A los dioses pluguiera soberanos
que nuestra juventud sola se viera
con los fuertes ejércitos romanos
adonde el brazo rodear pudiera!
Que allí el valor de las hispanas manos
la misma suerte poco estorbo fuera
para dejar de abrir ancho camino

a la salud del pueblo numantino.
Mas, en pues tales términos nos vemos,
que estamos como damas encerrados,
hagamos todo cuanto hacer podemos
para mostrar los ánimos osados:
a nuestros enemigos convidemos
a singular batalla, que cansados
de este cerco tan largo, ser podría
quisiesen acabarle por tal vía.

TEÓGENES

Y cuando este remedio no suceda
a la justa medida del deseo,
otro camino de intentar nos queda,
aunque más trabajoso a lo que creo:
este foso y muralla que nos veda
el paso al enemigo que allí veo,
en un tropel de noche lo rompamos,
y por ayuda a los amigos vamos.

NUMANTINO 1

O sea por el foso o por la muerte,
tenemos que abrir paso a nuestra vida;
que es dolor insufrible, pena fuerte,
el contemplarla así comprometida.

NUMANTINO 2

¿Con qué más honra pueden apartarse
de nuestros cuerpos estas almas nuestras,
que en las romanas armas arrojarse,
y en su daño mover las fuertes diestras?

NUMANTINO 3

En la ciudad podrá muy bien quedarse
quien guste de cobarde dar las muestras;
que yo mi gusto pongo en quedar muerto
en el cerrado foso o campo abierto.

NUMANTINO I

Primero que vengáis al trance duro
de esta resolución que habéis tomado,
me parece ser bien que desde el muro
nuestro fiero enemigo sea avisado,
diciéndole que dé campo seguro
a un numantino y otro su soldado,
y que la muerte de uno sea sentencia
que acabe nuestra antigua diferencia.

TEÓGENES

Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
que puede de mi esfuerzo algo fiarse,
de salir a este duelo que se ofrece,
si por ventura llega a realizarse.

CORABINO

Más honra tu valor raro merece;
bien pueden de tu esfuerzo confiarse
más difíciles cosas y mayores,
por ser él el mejor de los mejores.
Y pues tú ocupas el lugar primero
de la honra y valor por causa augusta,
yo, que en todo me cuento por postrero,
quiero ser el heraldo de esta justa.

NUMANTINO 2

Yo haré los sacrificios y oraciones,
y os encomendaré los corazones.

NUMANTINO 1

Vámonos, y con presta diligencia
hagamos cuanto aquí propuesto habemos
antes que la pestífera dolencia
del hambre nos arroje en los extremos.

NUMANTINO 3

Si tiene el cielo dada la sentencia
de que en este rigor fiero acabemos,
revóquela, si acaso lo merece
la justa enmienda que Numancia ofrece.

(Se van. Y entran, cruzándose en el centro de la plaza, los soldados MORANDRO y LEONCIO.)

LEONCIO

Di, Morandro, ¿adónde vas,
o adónde mueves el pie?

MORANDRO

Si yo mismo no lo sé,
tampoco tú lo sabrás.

LEONCIO

¿Cómo te calcina el seso
tu pensamiento amoroso?

MORANDRO

Al saberlo tan hermoso
tengo más razón y peso.

LEONCIO

Eso ya está comprobado
que el que sirviere al amor
ha de ser, por su dolor,
con razón aún más pesado.

MORANDRO

De malicia o de agudeza
no escapa lo que dijiste.

LEONCIO

Tú mi agudeza entendiste,
mas yo entiendo tu simpleza.

MORANDRO

¡Qué! ¿Soy simple en el querer?

LEONCIO

Sí, si el querer no se mide
como la razón lo pide,
con cuándo, cómo y a quién.
¿No es ya contra la razón,
siendo tú tan buen soldado,
andar tan enamorado
en esta grave ocasión?
Cuando has de desafiarte
y de tener más furor,

¿te entretienes con amor,
que mil blanduras reparte?
Ves la patria consumida
y de enemigos cercada,
¿y tu memoria turbada
por amor, de ella se olvida?

MORANDRO

En ira mi pecho arde
por verte hablar sin cordura.
¿Hizo el amor, por ventura,
a ningún pecho cobarde?
¿Dejo yo la centinela
por ir donde está mi dama?

LEONCIO

¿No estás durmiendo en su cama
cuando tu capitán vela?

MORANDRO

*(Amenazándole entre serio
y en broma.)*

¿Me has visto acaso faltar
de lo que debo a mi oficio,
por algún regalo o vicio,
ni menos por bien amar?
Y si nada me has hallado
de que deba dar disculpa,
¿por qué me das tanta culpa
de que viva enamorado?

LEONCIO

Sí, ya sé los muchos años
que tras Lira andas perdido.

MORANDRO

¿No sabes que era venido
el fin de mis tristes daños,
porque su padre ordenaba
de dármele por mujer,
y que Lira su querer
con el mío concertaba?

LEONCIO

Sí, también sé que llegó
en tan dulce coyuntura
esta fuerte guerra dura,
por quien tu gloria acabó.

MORANDRO

Se dilató el casamiento
hasta acabar esta guerra,
porque no está nuestra tierra
para fiestas y contento.
Mira cuán poca esperanza
puedo tener de mi gloria,
pues está nuestra victoria
toda en la enemiga lanza.
Y del hambre fatigados,
sin medio de algún remedio,
tal muralla y foso en medio,
pocos, y esos, encerrados.

LEONCIO

Sosiega, Morandro, el pecho.
Vuelve al brío que tenías.
Quizá por ocultas vías
se ordena nuestro provecho.
Que los dioses soberanos
nos descubran el camino
para el pueblo numantino
quedar libre de romanos;
y en dulce paz y sosiego
de tu esposa gozarás
y las llamas templarás
de ese tu amoroso fuego.

MORANDRO

Leoncio, serás testigo
de mi boda...

LEONCIO

¿Con la muerte?

MORANDRO

Más bella será mi suerte,
Leoncio...

LEONCIO

¡Salud, amigo!

(Se cierran las murallas de la ciudad. Salen de su tienda CIPIÓN, JUGURTA y FABIO. Durante este diálogo, irán apare-

ciendo poco a poco y esparciéndose por el campamento algunos soldados romanos.)

CIPIÓN

Orgullosa me encuentro en mirar cómo corresponde a mi gusto la ventura, y esta libre nación soberbia domo sin fuerzas, solamente con cordura. Bien juzgábais a loco desvarío tener los enemigos encerrados, y que era mengua del romano brío no vencerlos con modos más usados. Mas ¿qué gloria no habrá más levantada en las cosas de guerra que aquí digo, que sin quitar de su lugar la espada vencer y sujetar al enemigo?

(Suenan una trompeta desde los muros de Numancia.)

FABIO

Oye, señor, que de Numancia suena el son de una trompeta, y me aseguro que hablarte algo desde allá se ordena, pues el salir de acá lo estorba el muro. Corabino se ha puesto en una almena, y una señal ha hecho de seguro. Lleguémonos más cerca.

CIPIÓN

Bien, lleguemos.

JUGURTA

No más: que desde aquí le entenderemos.

(Asoma CORABINO por encima de las murallas con un banderín blanco puesto sobre una lanza.)

CORABINO

Romanos, ¡ah, romanos! ¿Puede acaso ser de vosotros esta voz oída?

FABIO

Siempre que grites más, y hables más paso, cualquiera tu razón será entendida.

CORABINO

Decid al general que acerque el paso al foso, porque viene dirigida a él una embajada.

CIPIÓN

Dila presto,
que yo soy Cipión.

CORABINO

Atiende a esto.

Dice, señor, Numancia claramente que consideres bien que ha muchos años que entre la nuestra y tu romana gente duran los males de la guerra extraños, y que por evitar que no se aumente

la dura pestilencia de estos daños,
quiere, si la locura no te abate,
terminar con un breve, igual combate.
Un soldado se ofrece de los nuestros
a combatir, cerrado en estacada,
con cualquier esforzado de los vuestros,
por acabar contienda tan pesada.
Y si los hados fueren tan siniestros,
que el uno quede sin la vida amada;
si fuere el nuestro, se ha de dar la tierra;
si el tuyo fuere, acábase la guerra.
Respóndeme, señor, si estás en ello,
porque su ejecución venga de prisa.

CIPIÓN

Si queréis que se escape vuestro cuello,
usad de la palabra más sumisa.
Pronto, si no, conoceréis los diestros
cuchillos y seguros brazos nuestros.
Mía será Numancia, yo os lo juro,
sin que me cueste un mínimo soldado,
y el que juzguéis vosotros más seguro
salga por ese foso trincheado;
que nada hará la fiera desmandada
ante quien pronto la hundirá en la nada.

(CIPIÓN, JUGURTA y FABIO se
retiran, entrando en su tienda.)

CORABINO

¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?

Mal con tu nombradía correspondes.
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
en vuestra muchedumbre confiados
y no en los diestros brazos levantados.
Pérfidos, desleales, fementidos,
cruels, ambiciosos y tiranos,
ingratos, codiciosos, mal nacidos,
pertinaces, feroces y villanos,
adúlteros, infames conocidos
por de industrias, mas cobardes manos.
Si a Numancia no asiste ya otra suerte,
sus hijos de mañana os darán muerte.

*(Se va CORABINO. Se abren
los muros de Numancia, y
vuelve éste a salir luego con
todos los numantinos que sa-
lieron al principio de esta se-
gunda jornada, más MORAN-
DRO y TEÓGENES.)*

TEÓGENES

El desafío no ha importado un cero.
Lo que de intentar nos queda, según siento,
es sólo acelerar el fin postrero.
Esta noche se muestre el ardimiento
del numantino acelerado pecho,
y póngase por obra nuestro intento:
el enemigo muro sea deshecho.
Salgamos a morir a la campaña,
y no, como cobardes, en estrecho.
Bien sé que sólo servirá esta hazaña

para que nuestra muerte mude el modo
y que nos venga en un futuro España.

CORABINO

Con ese parecer yo me acomodo.
Morir quiero rompiendo el fuerte muro
y deshacerle por mi mano todo.
Mas me tiene una cosa mal seguro:
que si nuestras mujeres saben esto,
será imposible hacerlo, os aseguro.

MORANDRO

Nuestro designio a todas es patente,
ellas lo saben; ya no queda alguna
que no se queje de esto amargamente,
y dicen que en la buena o ruin fortuna
quieren en vida y muerte acompañarnos,
aunque su compañía es importuna.

*(Aquí entran las MUJERES 1,
2 y 3—madres—de Numancia,
llevando a sus hijos pequeños
en los brazos. LIRA entra tam-
bién.)*

¡Miradlas! Vienen todas a rogaros
no las dejéis en tantos embarazos.
Aunque seáis de acero, han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
traen las tristes. ¡Mirad con qué señales
de amor les dan los últimos abrazos!

MUJER I

Dulces señores nuestros, si en los males

y bienes de Numancia padecidos
siempre mostramos ser mujeres vuestras,
y vosotros también nuestros maridos,
¿por qué en las ocasiones tan siniestras
que el cielo airado ahora nos ofrece,
nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
¿Peleando queréis dejar las vidas
y dejarnos también desamparadas,
a deshonras y muertes ofrecidas?

MUJER 2

Nuestro cuello ofreced a las espadas
vuestras primero, que es mejor partido
que vernos de enemigos deshonradas.

MUJER 1

Yo tengo en mi intención ya convenido
que si puedo, haré cuanto en mí estuviere
por morir donde muera mi marido.

MUJER 3

¿Qué pensáis, varones claros?
¿Resolvéis aún todavía
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentarnos?
¿Queréis dejar por ventura
a la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
para mayor desventura?
¿Y a los libres hijos nuestros
queréis esclavos dejarlos?

¿No será mejor ahogarlos
con los propios brazos vuestros?
¿Serán por ajenas manos
nuestras casas derribadas?
Y las bodas esperadas
¿las han de gozar romanos?
En salir haréis error,
que acarrea cien mil yerros,
porque dejáis sin los perros
el ganado, y sin señor.

MUJER 2

Si al foso queréis salir,
llevadnos en tal salida,
porque tendremos por vida
a vuestro lado morir.

MUJER 1

Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿Cómo no habláis
y con lágrimas rogáis
que no os dejen vuestros padres?
Baste ya que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana.
Decidle que os engendraron
libres, y libres nacistes,
y que vuestras madres tristes
también libres os criaron.

Decidles que pues la suerte
nuestra va tan decaída,
que, como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad!
Si podéis hablar, decid,
y mil veces repetid:
«¡ Numantinos, libertad !»

MUJER 3

Los templos, las casas nuestras,
levantadas en concordia,
os piden misericordia
hijos y mujeres vuestras.
Ablandad, claros varones,
esos pechos diamantinos,
y mostrad, cual numantinos,
amorosos corazones.

LIRA

También las tiernas doncellas
ponen en vuestra defensa
el remedio de su ofensa
y el alivio a sus querellas.
No dejéis tan ricos robos
a las codiciosas manos;
mirad que son los romanos
hambrientos y fieros lobos.
Mi pobre ingenio os advierte
que si hacéis esta salida,

al enemigo dais vida,
y a toda Numancia muerte.
De vuestro acuerdo gentil
los romanos burlarán;
porque, decidme, ¿qué harán
tres mil contra ochenta mil?
Mejor es que la ventura
del daño que el cielo ordene
o nos salve o nos condene,
nos dé vida o sepultura.

TEÓGENES

Pensábamos salir al foso ciertos
antes de allí morir que de escaparnos,
pues fuera quedar vivos aunque muertos,
si muriendo pudiéramos vengarnos.
Mas, pues nuestros designios descubiertos
han sido, y es locura aventurarnos,
jamás en vida o muerte os dejaremos,
antes en muerte y vida os serviremos.
En medio de la plaza se haga un fuego,
en cuya ardiente llama licenciosa
nuestras riquezas todas se echen luego,
desde la pobre a la más rica cosa;
hasta lograr no quede aquí en Numancia
nada en que el enemigo halle ganancia.
Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?

CORABINO

Digo que a mí me tiene satisfecho,

y que a la ejecución se venga presto
de tan extraño y tan honroso hecho.

TEÓGENES

Vamos a ser ministros juntamente
en encender el rico fuego ardiente.

MUJER I

Nosotras desde aquí ya comenzamos
a dar con voluntad nuestros arreos.

MUJER 3

Nuestra vida a las vuestras entregamos
como se han entregado los deseos.

LIRA

¡Ea, pues, caminemos!

TODAS LAS MUJERES

¡Vamos! ¡Vamos!

*(Se van todos, a excepción
de MORANDRO, que asiendo por
el brazo a LIRA la detiene.)*

MORANDRO

No corras tan decidida,
Lira; déjame gozar
del bien que me puede dar
en la muerte alegre vida.
Deja que miren mis ojos
un instante tu hermosura,

pues tanto mi desventura
se entretiene en mis enojos.
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,
gloria de mi pensamiento?

LIRA

Pienso cómo mi contento
y el tuyo se va acabando.
Y no será su homicida
el cerco de nuestra tierra;
que primero que la guerra,
se me acabará la vida.
¿Qué tálamo has de esperar
de quien está en tal extremo,
que te aseguro que temo
antes de una hora expirar?
Mi hermano ayer expiró
por el hambre fatigado,
y mi madre ya acabado,
porque el hambre la acabó.
Y si el hambre con su fuerza
no ha rendido mi salud,
es porque la juventud
contra su rigor se esfuerza.
Mas como hace tantos días
que no le hago defensa,
no pueden contra su ofensa
las débiles fuerzas mías.

MORANDRO

Enjuga, Lira, los ojos,

deja que los tristes míos
se vuelvan corrientes ríos,
nacidos de tus enojos;
y aunque este hambre ofendida
te tenga tan sin compás,
de hambre tú no morirás
mientras yo tuviere vida.
Yo me ofrezco de saltar
el foso y el muro fuerte,
y entrar por la misma muerte
para la tuya salvar.
El pan que el romano toca
sin que el temor me destruya,
lo quitaré de la suya
para ponerlo en tu boca.
Yo te traeré de comer
a pesar de los romanos,
si siguen siendo mis manos
las mismas que solían ser.

LIRA

Hablas como enamorado,
Morandro, pero no es justo
que yo tome gusto al gusto
con tu peligro comprado.
Goza de tu mocedad
en fresca edad y crecida;
que más importa tu vida
que la mía, a la ciudad.
Así que, mi dulce amor,

despide ese pensamiento;
que yo no quiero sustento
ganado con tu sudor.

MORANDRO

En vano trabajas, Lira,
de impedirme este camino,
pues mi voluntad y sino
allá me convida y tira.

LIRA

Morandro, mi dulce amigo,
no vayas; que se me antoja
que de tu sangre veo roja
la espada del enemigo.
No cumplas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida;
que si es mala la salida,
será peor la tornada.
Mas si acaso, amado amigo,
prosigues esta contienda,
lleva este abrazo por prenda
de que me llevas contigo.

MORANDRO

Lira, el cielo te acompañe.
Vete, que a Leoncio veo.

LIRA

Y a ti te cumpla el deseo,
y en ninguna parte dañe.

LEONCIO

(Que ha escuchado el diálogo de LIRA y MORANDRO.)

Terrible ofrecimiento es el que has hecho, y en él, Morandro, se nos muestra claro que no hay cobarde enamorado pecho. Yo quiero, buen amigo, acompañarte, y en empresa tan justa y tan forzosa con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MORANDRO

¡Oh mitad de mi alma! ¡Oh venturosa amistad, no en trabajo dividida, ni en la ocasión más próspera y dichosa! Goza, Leoncio, de la dulce vida, quédate en la ciudad; que yo no quiero ser de tus verdes años homicida. Yo sólo tengo de ir, yo sólo espero volver con los despojos merecidos a mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO

Pues ya tienes, Morandro, conocidos mis deseos, que en buena o mala suerte al sabor de los tuyos van medidos, contigo tengo de ir, contigo junto he de volver, si ya el cielo no ordena que quede en tu defensa allá difunto.

MORANDRO

¡Quédate, amigo!, queda en hora buena,

porque si yo acabare aquí la vida
en esta empresa de peligro llena,
tú puedas a mi madre dolorida
consolar en el trance riguroso,
y a la esposa de mí tanto querida.

LEONCIO

Seguirte tengo en la ocasión dudosa;
esto es lo que he de hacer, Morandro amigo,
y en el quedarme no me digas cosa.

MORANDRO

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
en el silencio de la noche oscura
tenemos que asaltar al enemigo.
Lleva ligeras armas; que ventura
es la que ha de ayudar al alto intento,
que no la malla entretejida y dura;
lleva asimismo puesto el pensamiento
en robar y traer a buen recado
lo que pudieres más de bastimento.

LEONCIO

Vamos, que no saldré de tu mandado.

(Se van. Y entran dos NUMANTINOS.)

NUMANTINO I

Derrama, ¡oh dulce hermano!, por los ojos
el alma, en llanto amargo convertida,

Venga la muerte y lleve los despojos
de nuestra miserable y triste vida.

NUMANTINO 2

Bien poco durarán estos enojos;
que ya la muerte viene apercibida
para llevar en breve y presto vuelo
a cuantos pisan de Numancia el suelo.

NUMANTINO 1

En la plaza mayor ya levantada
queda una ardiente codiciosa hoguera,
que de nuestras riquezas ministradas,
sus llamas sube hasta la cuarta esfera.
Allí con triste prisa acelerada
y con mortal y tímida carrera
acuden todos, como a santa ofrenda,
a sustentar sus llamas con su hacienda.

*(Pasan numantinos cargados
con los objetos y ropas que
llevan a la hoguera. Una dé-
bil columna de humo, entre
ayes y lamentos lejanos, em-
pieza a subir tras las murallas
del fondo.)*

Vuelve al triste espectáculo la vista:
verás con cuánta prisa y cuánta gana
toda Numancia en numerosa lista
corre para atizar la llama insana;
y no con verde leño y seca arista,
no con materia al consumir liviana,

sino con sus haciendas mal gozadas,
pues se ganaron para ser quemadas.

NUMANTINO 2

Han acordado que no quede alguna
mujer, niño ni viejo con la vida,
pues al fin la cruel hambre importuna
con más fiero rigor es su homicida.
Mas antes que nos ganen la partida,
verdugos de nosotros nuestras manos
serán, y no los pérfidos romanos.

*(Entra una MADRE con un
niño en los brazos y otro de
la mano.)*

MADRE

¡Oh duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!

HIJO

Madre, ¿por ventura habría
quien nos diese pan por esto?

MADRE

¡Pan, hijo!, ni aun otra cosa
que semeje de comer.

HIJO

Pues ¿tengo de perecer
de dura hambre rabiosa?



Con poco pan que me déis,
madre, no os pediré más.

MADRE

Hijo, ¡qué pena me das!

HIJO

Pues ¡qué, madre!, ¿no queréis?

MADRE

Sí que quiero. Mas ¿qué haré
si no sé dónde buscarlo?

HIJO

Bien podéis, madre, comprarlo;
si no, yo lo compraré.
Mas, por quitarme este afán,
si alguno conmigo topa,
le daré toda esta ropa
por un pedazo de pan.

(*Entran* CORABINO y TEÓ-
GENES.)

MADRE

¿Qué mamas, triste criatura?
¿No sientes que a mi despecho,
sacas ya del flaco pecho
por leche, la sangre pura?
Lleva la carne a pedazos
y procura bien de hartarte;

que no pueden más llevarte
mis flojos, cansados brazos.
Hijos del ánima mía,
¿con qué os podré sustentar,
si apenas tengo qué os dar
de la propia carne mía?
¡Oh hambre terrible y fuerte!
¡Cómo me acabas la vida!
¡Oh guerra, sólo venida
para causarme la muerte!

HIJO

¡Madre mía, que me fino!
¡Más de prisa adonde vamos,
que parece que alargamos
el hambre con el camino!

MADRE

Hijo, cerca está la casa
adonde echaremos luego
en mitad del vivo fuego
el peso que te embaraza.

*(Se van la MADRE, el HIJO
y los NUMANTINOS I y 2.)*

TEÓGENES

¿No sientes, Corabino, la hermosura
de este pueblo, camino de la muerte?

CORABINO

Siento entre tanta y tanta desventura

nacerme una alegría sana y fuerte,
que será aurora clara, luz futura.

TEÓGENES

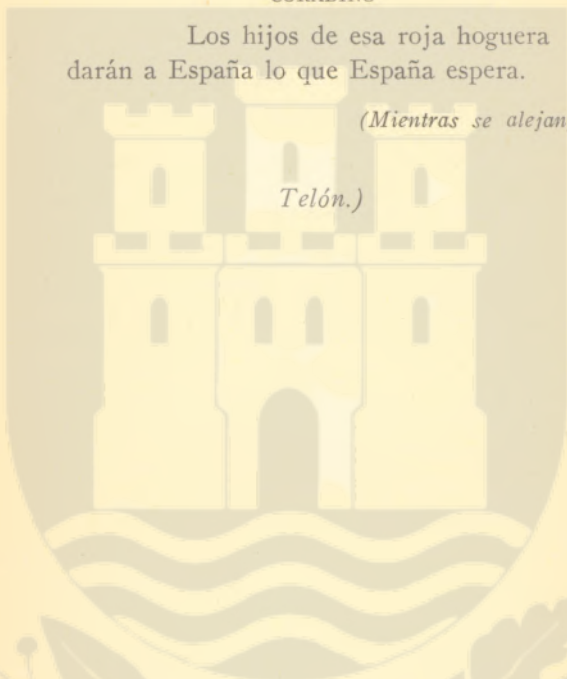
Vamos...

CORABINO

Los hijos de esa roja hoguera
darán a España lo que España espera.

(Mientras se alejan, cae el

Telón.)



BIBLIOTECA

TERCERA JORNADA



Cardenal Cisneros

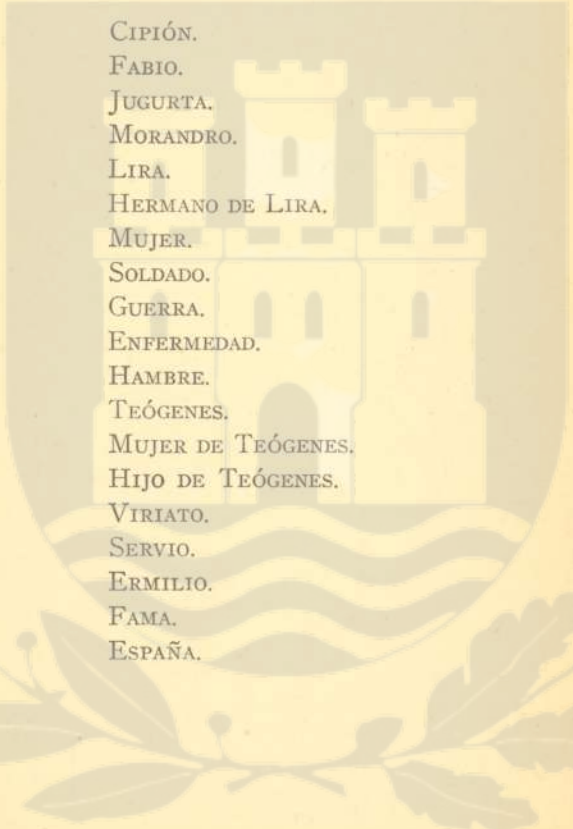
BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros



PERSONAJES DE LA TERCERA JORNADA



CIPIÓN.
FABIO.
JUGURTA.
MORANDRO.
LIRA.
HERMANO DE LIRA.
MUJER.
SOLDADO.
GUERRA.
ENFERMEDAD.
HAMBRE.
TEÓGENES.
MUJER DE TEÓGENES.
HIJO DE TEÓGENES.
VIRIATO.
SERVIO.
ERMILIO.
FAMA.
ESPAÑA.

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

DECORACION: *La misma que en las jornadas anteriores. Se toca al arma con gran prisa, y a este rumor entran CIPIÓN y JUGURTA.*



BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

CIPIÓN

¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca al arma en tal sazón? ¿Es por ventura alguna gente desmandada y loca, que viene a procurar su sepultura? O no sea algún motín el que provoca tocar al arma en recia coyuntura; que tan seguro estoy del enemigo, que tengo más temor al que es amigo.

(Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice:)

FABIO

Sosiega el pecho, general prudente, que ya de esta arma la ocasión se sabe, puesto que ha sido a costa de tu gente, de aquella en quien más brío o fuerza cabe. Dos numantinos con soberbia frente, cuyo valor será razón se alabe, saltando el ancho foso y la muralla, han movido a tu campo cruel batalla. A las primeras guardias embistieron, y en medio de mil lanzas se arrojaron, y con tal furia y rabia arremetieron, que libre paso al campo les dejaron; las tiendas de Fabricio acometieron;

allí su fuerza y su valor mostraron
de modo, que en un punto seis soldados
fueron de agudas puntas traspasados.
Con presta ligereza discurriendo
iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
un pedazo de pan, el cual cogiendo,
el paso, y no el furor, atrás tornaron;
uno de ellos se escapó corriendo,
al otro mil espadas le acabaron;
pienso, señor, así que el hambre ha sido
quien les dió atrevimiento tan subido.

CIPIÓN

Si estando hambrientos, Fabio, y encerrados,
muestran tan excesivo atrevimiento,
¿qué hicieran siendo libres y enterados
en sus fuerzas primeras y ardimiento?
Indómitos, al fin seréis domados,
porque contra el furor vuestro violento
se tiene de poner la industria nuestra,
que de domar soberbios es maestra.

(Salen CIPIÓN, FABIO y JUGURTA. Suena el alarma en la ciudad, abriéndose su muro y saliendo al rumor MORANDRO, herido y lleno de sangre, con una cestilla blanca en el brazo izquierdo, ensangrentado, llevando un trozo de pan.)

MORANDRO

¿No vienes, Leoncio?, di.

¿Qué es esto, mi dulce amigo?

Si tú no vienes conmigo,

¿cómo vengo yo sin ti?

Amigo, ¿qué?, ¿te has quedado?

Amigo, ¿qué?, ¿te quedaste?

No eres tú el que me dejaste,
sino yo el que te ha dejado.

¡Que es posible que ya dan
tus carnes despedazadas
señales ya comprobadas
de lo que cuesta este pan!

Y ¿es posible que la herida
que a ti te dejó difunto
en el mismo instante y punto
no me quitó a mí la vida?

Tú, al fin, llevarás la palma
de más verdadero amigo,
yo a disculparme contigo,
bien pronto mandaré el alma.

Y tan pronto, que el afán
a morir me llama y tira,
en dando a mi dulce Lira
este tan amargo pan.

Pan ganado de enemigos;
pero no ha sido ganado,
sino con sangre comprado
de dos sin ventura amigos.

*(Sale LIRA llevando alguna
ropa camino de la hoguera.)*

LIRA

¿Qué es esto que ven mis ojos?

MORANDRO

Lo que pronto no verán,
según la prisa se dan
de acabarme mis enojos.
Ves aquí, Lira, cumplida
mi palabra y mis porfías
de que tú no morirías
mientras yo tuviese vida.
Y aun podré mejor decir
que presto vendrás a ver
que a ti sobrará el comer,
y a mí faltará el vivir.

LIRA

¿Qué dices, Morandro amado?

MORANDRO

Lira, que acortes el hambre,
entretanto que el estambre
de mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida,
y con este pan mezclada,
te ha de dar, mi dulce amada,
triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
ochenta mil enemigos,
que cuesta de dos amigos
las vidas que más amaban.

Y porque lo entiendas cierto
y cuánto tu amor merezco,
ya yo, mi Lira, perezco,
y Leoncio ya está muerto.
Mi voluntad sana y justa
recíbela con amor,
que es la comida mejor
y de que el alma más gusta.
Y pues en tormenta y calma
siempre has sido mi señora,
recibe este cuerpo ahora
como recibiste el alma.

*(Cae muerto, tomándolo
LIRA en sus rodillas.)*

LIRA

Morandro, dulce bien mío,
¿qué sentís, o qué tenéis?
¿Cómo tan presto perdéis
vuestro acostumbrado brío?
Mas, ¡ay, triste sin ventura,
que ya está muerto mi esposo!
¡Oh caso el más lastimoso
que se vió en la desventura!
¿Quién os hizo, dulce amado,
con valor tan excelente,
enamorado valiente
y soldado desdichado?
Hicistes una salida,
esposo mío, de suerte,
que por excusar mi muerte

me habéis quitado la vida.
¡Oh pan, de la sangre lleno
que por mí se derramó!
No te tengo en cuenta yo
de pan, sino de veneno.
No te llegaré a mi boca
por poderme sustentar,
si ya no es para besar
esta sangre que te toca.

*(Entra un muchacho hablando
desmayadamente, HERMANO
DE LIRA.)*

HERMANO

Lira, hermana, ya expiró
mi padre, y mi madre está
en términos que ya, ya
morirá, cual muero yo.
El hambre los ha acabado.
Hermana mía, ¿pan tienes?
¡Oh pan, y cuán tarde vienes,
que ya no hay pasar bocado!
El hambre tiene apretada
mi garganta en tal manera,
que aunque este pan agua fuera,
no pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
que, por más crecer mi afán,
veo que me sobra el pan
cuando me falta la vida.

(Cae muerto.)

LIRA

¿Expiraste, hermano amado?

Ni aliento ni vida tiene.

¡Bien es el mal cuando viene
sin venir acompañado!

Fortuna, ¿por qué me aquejas
con un daño y otro junto,
y por qué en un solo punto
huérfana y viuda me dejas?

¡Oh duro escuadrón romano!

¡Cómo me tiene tu espada
de dos muertos rodeada,
uno esposo y otro hermano!

En el modo de morir
a entrambos he de imitar,
porque el hierro ha de acabar
con el hambre, mi vivir.

Primero daré a mi pecho
una daga que este pan;
que a quien vive con afán,
es la muerte de provecho.

¿Qué aguardo? Cobarde estoy.

Brazo, ¿ya os habéis turbado?

¡Dulce esposo, hermano amado,
esperadme, que ya voy!

*(Entra una MUJER huyendo,
y tras ella un SOLDADO numan-
tino con una daga en la mano
para matarla.)*

MUJER

¡Eterno padre, siempre piadoso,
favorecedme en tan adversa suerte!

SOLDADO

Aunque lleves el vuelo presuroso,
mi dura mano te ha de dar la muerte.

(Sale la MUJER.)

LIRA

En hierro agudo, el brazo belicoso,
contra mí, buen soldado, se convierte.
Deja vivir a quien la vida agrada,
y quítame esta mía, ya acabada.

SOLDADO

Puesto que es el decreto del senado
que ninguna mujer quede con vida,
¿cuál será el bravo pecho acelerado
que en ese vuestro hermoso abra una herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
que me aprecie de ser vuestro homicida;
otra mano, otro hierro ha de acabaros;
que yo sólo nací para salvaros.

LIRA

Si tú quieres mostrarte piadoso
tan en daño, señor, de mi contento,
muéstralo ahora en que a mi triste esposo
demos el funeral, último asiento;
también, a este mi hermano, que en reposo

yace, ya libre del vital aliento.
Mi esposo pereció por darme vida,
y de mi hermano el hambre fué homicida.

SOLDADO

Hacer lo que me mandas está llano,
a condición que en el camino cuentes
quién a tu dulce esposo y caro hermano
condujo a los postreros accidentes.

LIRA

Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO

Pues ¿qué tienes, señora? Di, ¿qué sientes?
Lleva a tu hermano, que es la menor carga,
y yo la de más peso y más amarga.

(Salen llevando los dos cuerpos. Aparece sobre las torres y murallas una figura armada con escudo y lanza que representa LA GUERRA, llevando consigo a LA ENFERMEDAD, cubierta con una máscara amarilla, y a EL HAMBRE, también macilenta y descolorida.)

GUERRA

Yo soy la poderosa impuesta Guerra,
de tantas madres detestada en vano,
aunque quien me maldice a veces yerra,
pues no sabe el valor de esta mi mano.
Sé bien que soy espanto de la tierra,

mas que llevada del valor hispano,
su fiereza y arrojo populares
bien pueden al contrario dar pesares.

ENFERMEDAD

El Furor y la Rabia, tus secuaces,
han tomado en Numancia tal asiento,
que cual si fuese de romanos haces,
cada cual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras son sus paces;
en el morir han puesto su contento,
y por quitar el triunfo a los romanos,
ellos mismos se matan con sus manos.

HAMBRE

Volved los ojos y veréis ardiendo
de la ciudad los encumbrados techos;
escuchad los suspiros que saliendo
van de mil tristes lastimados pechos;
oid la voz y lamentable estruendo
de bellas damas, a quien ya deshechos
los tiernos miembros en ceniza y fuego,
no valen padre, amigo, amor ni ruego.

GUERRA

Al pecho de la amada nueva esposa
traspasa del esposo el hierro agudo;
contra la madre, ¡oh nunca vista cosa!,
se muestra el hijo de piedad desnudo,
y contra el hijo el padre, con rabiosa

clemencia, levantando el brazo duro,
rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
quedando satisfecho y lastimado.

ENFERMEDAD

No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa,
que de hambrientos y enfermos no esté llena.
Yo soy la Enfermedad que los abrasa.

HAMBRE

Y yo el Hambre feroz que los condena.

ENFERMEDAD

Pronto veréis que por el suelo rasa
está la más subida y alta almena,
y las casas y templos más crecidos
en polvo y en cenizas convertidos.

HAMBRE

Venid, veréis que en los amados cuellos
de tiernos hijos y mujer querida,
Teógenes afila y prueba en ellos
de su espada el cruel corte homicida,
y cómo ya después de muertos ellos,
estima en poco la cansada vida,
buscando de morir un modo extraño
que causó, como el suyo, más de un daño.

GUERRA

Vamos, pues, y ninguno se descuide

de ejecutar su saña en esta tierra,
y a lo que diga sólo atienda y cuide.

HAMBRE Y ENFERMEDAD

Contigo iremos siempre.

GUERRA

Soy la Guerra.

*(Entra TEÓGENES con dos
hijos pequeños, un HIJO me-
nor y su MUJER.)*

TEÓGENES

No quedaréis, ¡oh hijos de mi alma!,
esclavos, ni el romano poderío
llevará de vosotros triunfo o palma,
por más que a sujetarnos alce el brío.
Ni vos, dulce consorte amada mía,
os veréis en peligro que romanos
pongan en vuestro pecho y gallardía
los vanos ojos y las torpes manos.
Mi espada os sacará de esta agonía,
y hará que sus intentos salgan vanos,
pues por más que codicia les atiza,
triunfarán de Numancia en la ceniza.
Yo soy, consorte amada, el que primero
di el parecer que todos pereciésemos
antes que al insufrible desafuero
del romano poder sujetos fuésemos,
y en el morir no pienso ser postrero,
ni lo serán mis hijos.

MUJER

Si pudiésemos
escaparnos, señor, por otra vía,
el cielo sabe cuánto me holgaría.
Mas, pues no puede ser, según yo veo,
y se encuentra mi muerte tan cercana,
lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
y no la espada pérvida romana.
Caminemos contigo, esposo, y luego,
entréganos al hierro, al lazo y fuego.

TEÓGENES

Así se haga, y no nos detengamos,
que ya a morir me incita el trise hado.

HIJO

Madre, ¿por qué lloráis? ¿Adónde vamos?
Tente, que andar no puedo de cansado.
Mejor será, mi madre, que comamos,
porque el hambre me tiene fatigado.

MADRE

Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
y te daré la muerte por comida.

(Se van y entran dos muchachos huyendo: VIRIATO y SERVIO.)

VIRIATO

¿Por dónde quieres que huyamos,
Servio?

SERVIO

Por donde quisieres.

VIRIATO

Camina. ¡Qué flojo eres!
Tú ordenas que aquí muramos.
¿No ves, triste, que nos siguen
mil hierros para matarnos?

SERVIO

Imposible es escaparnos
de aquellos que nos persiguen.
Mas di, ¿qué piensas hacer,
o qué medio hay que nos cuadre?

VIRIATO

A una torre de mi padre
me pienso ir a esconder.

SERVIO

Amigo, bien puedes irte,
que yo estoy tan muerto y laso
de hambre, que un solo paso
no puedo dar, ni seguirte.

VIRIATO

¡Qué! ¿No vienes, di?

SERVIO

No puedo.

VIRIATO

Si no puedes caminar,

¡ahí te habrá de terminar
el hambre, la espada o miedo!
Yo me voy porque ya temo
lo que el vivir desbarata:
o que la espada me mata,
o que en el fuego me quemo.

*(Se va y entra TEÓGENES
con dos espadas desnudas y
ensangrentadas las manos, hu-
yendo SERVIO al verte. Tras de
TEÓGENES entran los NUMAN-
TINOS 1 y 2.)*

TEÓGENES

Sangre de mis entrañas derramada,
pues sois aquella de los hijos míos;
mano contra ti misma acelerada,
llena de honrosos y crueles bríos;
fortuna en daño nuestro conjurada;
cielos terribles, de piedad vacíos,
ofrecedme en tan dura amarga suerte
alguna honrosa, aunque cercana muerte.
Valientes numantinos, haced cuenta
que yo soy algún pérfido romano,
y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
ensangrentando en él espada y mano.

*(Les ofrece una de las es-
padas.)*

Una de estas espadas os presenta
mi airada furia, mi dolor insano.
El que privare del vital sosiego

al otro, por señal de beneficio,
entregue el desdichado cuerpo al fuego;
que éste será el mejor piadoso oficio.
Venid ya. ¿Qué os detiene? Acudid luego,
y haced ya de mi vida sacrificio.

NUMANTINO I

¿A quién, fuerte Teógenes, invocas?
¿Qué nuevo modo de morir procuras?

NUMANTINO 2

¿Para qué nos incitas y provocas
a tantas desiguales desventuras?

TEÓGENES

Valiente numantino, si no apocas
con el miedo tus bravas fuerzas duras,
toma esa espada y mátate conmigo
así como si fuese tu enemigo;
que esta manera de morir me place,
en este trance, más que no otra alguna.

NUMANTINO I

También a mí me agrada y satisface,
pues que lo quiere así nuestra fortuna.
Mas vamos a la plaza, donde yace
la hoguera a nuestras vidas importuna,
porque el que allí venciere pueda luego
entregar el vencido al duro fuego.

TEÓGENES

Bien dices, y camina, que se tarda
el tiempo de morir como deseo,
ya me dé muerte el hierro, o el fuego me arda,
que gloria nuestra en cualquier muerte veo.

*(Se van. CIPIÓN, JUGURTA,
QUINTO FABIO y algunos solda-
dos romanos salen de las tien-
das.)*

CIPIÓN

Si no me engaña el pensamiento mío,
o no son de verdad esas señales
de llamaradas altas y de estruendo
que de Numancia tristemente suben,
sin duda alguna que recelo y temo
que el bárbaro furor del enemigo
contra su propio pecho no se vuelva.
Ya no parece gente en la muralla,
ni suenan las usadas centinelas;
todo está en calma y en silencio puesto,
como si en paz tranquila y sosegada
estuviesen los fieros numantinos.

FABIO

Pronto podrás salir, señor, de duda,
porque si tú lo quieres yo me ofrezco
a escalar de Numancia el alto muro.

CIPIÓN

Arrima, pues, ¡oh Fabio!, alguna escala
a la muralla, y haz lo que prometes.

FABIO

Lo haré, señor. Id por la escala, Ermilio,
y haced que mi rodela se me traiga
con la celada blanca de las plumas;
que a fe que tengo de perder la vida
o sacar de esta duda al campo todo.

ERMILIO

Ved aquí la rodela y la celada,
con la escala también.

FABIO

Tírala, Ermilio.

*(Tirada la escala sobre las
murallas, FABIO empieza a su-
bir.)*

FABIO

Encomendadme a Júpiter inmenso;
que ya voy a cumplir lo prometido.

CIPIÓN

Alza más alta la rodilla, Fabio;
encoge el cuerpo, y cubre la cabeza.
Animo, que ya llegas a lo alto.
¿Qué ves?

FABIO

¡Oh santos dioses! ¡Oh! ¿Qué es esto?

JUGURTA

¿De qué te admiras?

FABIO

De mirar de sangre
una roja laguna, y ver mil cuerpos
tendidos por las calles de Numancia.

CIPIÓN

¡Qué!, ¿no hay ninguno vivo?

FABIO

No, ninguno.

A lo menos a mí no se me ofrecen
en todo cuanto alcanzo con la vista.

CIPIÓN

Salta ya dentro, y míralo bien todo.

*(Salta FABIO, desapareciendo
en la ciudad.)*

Síguele tú también, Jugurta amigo.
Mas sigámosle todos.

JUGURTA

No conviene
al oficio que tienes esta empresa.
Tened bien esa escala.

CIPIÓN

¡Sube, sube!

JUGURTA

(Ya en lo alto.)

¡Oh, cuán triste espectáculo y horrendo

se me ofrece a la vista! ¡Oh caso extraño!
Caliente sangre baña todo el suelo,
cuerpos muertos ocupan plaza y calles;
dentro quiero saltar y verlo todo.

(Sale, desapareciendo.)

CIPIÓN

Con uno solo que quedase vivo
no se me negaría el triunfo en Roma
de haber domado esta nación soberbia
enemiga mortal de nuestro nombre,
constante en su valor, pronta, arrojada
al peligro mayor y duro trance...
Pero ya vuelve Fabio.

*(Gritándole, al reaparecer
en lo alto de la muralla.)*

Di, ¿qué has visto?

FABIO

(Desde arriba, bajando.)

En balde, ilustre general prudente,
han sido nuestras fuerzas ocupadas,
en balde te has mostrado diligente.
Nuestros designios han salido vanos,
pues ha podido más su honroso intento
que todo el gran poder de los romanos.
Numancia está en un lago convertida
de roja sangre y de mil cuerpos llena
de quien fué su rigor propio homicida.
De la pesada y sin igual cadena
dura de esclavitud se han escapado

con fiera audacia, de temor ajena.
En medio de la plaza levantado
está un ardiente fuego temeroso,
de sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué a verlo, que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
de acabar con su vida deseoso,
maldiciendo su corto amargo sino,
en medio se arrojaba de la llama,
quemando con las llamas su destino.
«Venid, romanos, ya por los despojos
de esta ciudad—decía—, en humo envueltos,
y sus flores y frutos en abrojos.»
Ni un solo numantino me he encontrado
que poderte traer vivo siquiera,
para que fueras de él bien informado
por qué ocasión, de qué suerte o manera
cometieron tan grave desvarío,
apresurando su mortal carrera.

CIPIÓN

¿Estaba por ventura el pecho mío
de bárbara arrogancia y muertes lleno,
y de piedad justísima vacío?
¿Es de mi condición acaso ajeno
usar benignidad con el rendido,
como conviene al vencedor que es bueno?

FABIO

Señor, de lo que anhelas en tu pecho,
te dejaré Jugurta satisfecho.

(Vuelve a salir JUGURTA por la misma muralla.)

JUGURTA

Prudente general, en vano empleas aquí tu gran valor; vuelve a otra parte el arte sin igual de que te arreas.

No hay en Numancia cosa en que ocuparte; todos son muertos ya; sólo uno creo que queda vivo, para el triunfo darte. Allí en aquella torre, según veo, allí un muchacho antes se encontraba, turbado en vista, y de gentil arreo.

CIPIÓN

Si eso fuese verdad, eso bastaba para triunfar en Roma de Numancia, que es lo que más ahora deseaba. Lleguémonos allá, y haced instancia como el muchacho vuelva a nuestras manos vivo, que es lo que ahora es de importancia.

VIRIATO

(Desde la torre.)

¿Dónde venís, o qué buscáis, romanos? Si en Numancia queréis entrar por suerte, podéis, viles, hacerlo a pasos llanos; pero mi lengua desde aquí os advierte que yo las llaves mal guardadas tengo de esta ciudad, de quien triunfó la muerte.

CIPIÓN

Por éstas, joven, deseoso vengo,
y también a que vivas la experiencia
de que en mi pecho la piedad sostengo.

VIRIATO

Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
pues no hay en quien usarla, que yo quiero
pasar por el rigor de la sentencia.

FABIO

Dime, ¿tienes por suerte aborrecida,
ciego de un temerario desvarío,
tu floreciente edad, tu tierna vida?

CIPIÓN

Templa, pequeño joven, templa el brío
y sujeta el valor tuyo y pequeño
al mayor de mi honroso poderío.
Que desde aquí te doy mi fe, y empeño
mi palabra, que sólo de ti seas
tú mismo el propio y conocido dueño,
y que de ricas joyas y preseas
vivas, lo que vivieres, abastado,
como yo podré darte y tú desees,
si a mí te entregas, y te das de grado.

VIRIATO

Todo el furor de cuantos ya son muertos
en este pueblo, en polvo reducido;

todo el huir los pactos y conciertos,
ni el dar a sujeción jamás oído,
sus iras y rencores descubiertos,
está en mi pecho todo junto unido.
Yo heredé de Numancia todo el brío;
ved si pensar vencerme es desvarío.
Patria querida, pueblo desdichado,
no temas ni imagines que delire
de lo que debo hacer, en ti engendrado,
ni que promesa o miedo me retire,
aunque me falte el suelo, el cielo helado,
aunque a vencerme todo el mundo aspire,
que imposible será que yo no haga
a tu valor la merecida paga.

Yo os aseguro, ¡oh fuertes ciudadanos!,
que no falte por mí la intención vuestra
de que no triunfen pérfidos romanos,
si ya no fuere de ceniza nuestra.

Saldrán conmigo sus intentos vanos,
ya se levante contra mí su diestra,
o me asesoren, con promesa cierta,
a vida y a regalos ancha puerta.

Quietos, romanos, sosegad el brío,
y no os canséis en asaltar el muro,
que aunque fuere mayor el poderío
vuestro, de no vencerme os aseguro.

Pero se muestre ya el intento mío,
y si ha sido el amor perfecto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída.

(Se arroja de la torre. Los soldados romanos, asombrados, tienden su cuerpo sobre un escudo, levantándolo. En medio de un silencio solemne, suena la voz de CIPIÓN.)

CIPIÓN

¡Oh nunca vista memorable hazaña,
digna de anciano y valeroso pecho,
que no sólo a Numancia, mas a España
has adquirido gloria en este hecho!
Con tu viva virtud, heroica, extraña,
queda muerto y perdido mi derecho.
Tú con esta caída levantaste
tu fama, y mis victorias derribaste.
Que fuera aun viva y en su ser Numancia,
sólo porque vivieras me alegrara;
que tú solo has llevado la ganancia
de esta larga contienda, ilustre y cara.
Lleva, pues, niño, lleva la jactancia
y la gloria que España te prepara,
por haber, derribándote, vencido
al que, subiendo, queda más caído.

(Suena una trompeta y sale la FAMA, llevando además un gran libro.)

FAMA

Vaya mi clara voz de gente en gente,
y en dulce y suavísimo sonido
llene las almas de un deseo ardiente

de eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la inclinada frente;
llevad de aquí este cuerpo, que ha podido
en tan pequeña edad, arrebatáros
el triunfo que pudiera reanimaros.
Que yo, que soy la Fama pregonera,
tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
moviere el paso en la subida esfera,
dando fuerza y vigor al bajo suelo,
de publicar con lengua verdadera,
con justo intento y presuroso vuelo
el valor de Numancia, único y solo,
de mar a mar, de un Polo al otro Polo.
Señal ha dado esta no vista hazaña
del valor que en los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos.
Bajad la frente, viles invasores,
vergüenza os dé pisar la generosa
sangre de una ciudad que entre estertores
sólo os da por botín su muerte honrosa.
«¡ Numancia! ¡ Honor!», repitan los sonidos
de mi trompeta y que rodando lleguen
a despertar los pechos más dormidos
que a combatir, unánimes, se entreguen.
¡ Otra vez! Despertad, porque han llegado
los mismos invasores del pasado.
Mas como soy la Fama, pueblo hispano,
yo prometo grabarte en mi memoria,
si el fascismo alemán e italiano

halla en tus pies la tumba de su historia.
Esta página en blanco, España mía,
tan sólo espera el alba de ese día.

(Dentro suenan clarines y tambores, haciéndose un silencio repentino. Por entre los soldados, erguida, recta, avanza ESPAÑA, en traje de campesina de hoy, llevando en una mano la hoz y en la otra una espiga. Los romanos, dejando en tierra el escudo donde reposa el cuerpo de VIRIATO, atónitos, avergonzados, se cubren los rostros, mientras habla ESPAÑA dirigiéndose a ellos y a la FAMA.)

ESPAÑA

Los cálidos sonidos,
largos de tu trompeta, digna Fama,
la frente, los oídos,
el quebrantado corazón me llenan
de una valiente llama que me llama,
dirigiendo mis pasos conmovidos
hasta el fondo del siglo donde suenan.
Desde el año presente,
desde mi hermosa tierra ensangrentada,
invadida, inocente,
mi furiosa, mi lícita pisada
hacia ti se encamina
por llanuras y montes hoy guerreros;
que soy la fuerte España campesina,

la libre de la mar y los obreros.
Vengo con larga pluma de alto trigo
a escribir en lo blanco y reservado
del libro de mi historia,
el principio del fin del enemigo,
que como en el pasado
sólo será vergüenza en mi memoria.

FAMA

*(Presentándole el libro,
abierto.)*

Escribe, España mía,
porque ha empezado el alba de ese día.

ESPAÑA

*(Levantando la espiga para
escribir.)*

Con esta pluma que es de pan, de harina,
con esta hoz que es filo,
con este corazón que es de resina,
escribo aquí al estilo
de una trabajadora, campesina,
de un toro que arremete,
de una mar que ni el mismo mar domina,
en este ensangrentado
año mil novecientos treinta y siete,
con pulso firme, duro, asegurado,
escribo esta inicial, clara, certera:

(Escribiendo.)

Una D.

FAMA

¿La primera
letra de qué palabra?

ESPAÑA

«Derrotado».

Sí, derrotado, porque yo te juro
que si ya di principio a esta derrota
este mal año turbulento, oscuro,
pronto de tu trompeta
resonará purísima una nota
de victoria completa.

Yo, mientras, por mi propia, férrea mano,
en mi corazón mismo
le cavaré un abismo y otro abismo
al sediento chacal alemán o italiano,
que España será al fin la tumba del fascismo.

*(Mientras los romanos, do-
bladas las frentes, continúan
abatidos de rodillas, un gran
sol se levanta, inundando la
escena.)*

Telón.

FIN DE LA TRAGEDIA.



BIBLIOTECA

ESTA OBRA ACABÓSE DE IM-
PRIMIR EL DÍA 5 DE NOVIEMBRE
DE 1937 EN GRÁFICAS UGUINA,
MELÉNDEZ VALDES, 7, MADRID



Cardenal Cisneros

PEQUEÑA BIBLIOTECA TEATRAL

FR. LOPE DE VEGA:

Fuente Ovejuna.

MIGUEL DE CERVANTES:

Numancia (arreglo de Rafael Alberti).

VALENTÍN KATAEV:

La cuadratura del círculo.

UPTON SINCLAIR:

La protesta de los húmedos.

JUAN CRISTÓBAL F. SCHILLER:

Los bandidos.

BERT BRECHT:

La ópera de 4 cuartos.

MÁXIMO GORKI:

La madre (adaptación de Okhlopkov).
Noche cerrada.

ARMAND BOUR:

La Nueva fe.

JEAN RADDI:

John K.

VÍCTOR TRIVAS:

Raskolnikof.

ALEXIS TOLSTOI:

Azef.

BORIS LAVRÉNIEF:

La ruptura.

LEÓN KASSIL:

Tres piezas para niños.

SHAKESPEARE:

Coriolado.

J. BENAVENTE:

La noche del sábado.

Y otras.



S
IGNO

PRECIO: 3 PESETAS

R.